

Mas allá del silencio

Pedro García-Caro

Si la muerte produce casi siempre extrañeza y confusión, con la desaparición de un intelectual público internacional —cuyas opiniones, entrevistas, conferencias y publicaciones estaban en constante y omnipresente circulación— se intensifica el insólito silencio del final de una vida. “Pero el silencio puede más que tanto instrumento” escribió Miguel Hernández en su “Elegía Primera” en honor del popular poeta y dramaturgo Federico García Lorca, asesinado tan sólo unos meses antes a manos de una partida fascista en su Granada natal. La cascada de notas en blogs, homenajes, obituarios, y artículos que ya han aparecido —éste es meramente una gota en ese caudal— tras la súbita muerte de Carlos Fuentes parecería ser una reacción compulsiva a ese silencio obligado y omnipotente que toda muerte conlleva. Como si colectivamente, nosotros todos, una especie de cortejo transnacional en duelo pero al estilo mexicano, necesitaríamos desafiar la extinción de la voz que ya no está con nosotros y mantener sus ecos.

En el caso de un escritor tan influyente y conocido, sin embargo, no hay razones para temer al silencio: no es difícil prever cómo su acento único continuará reverberando durante muchas décadas con cada nueva releitura de *La muerte de Artemio Cruz* (1962) o *Cristóbal Nonato* (1987). García Lorca fue eliminado para ser acallado, silenciado por antiguos enemigos mortales. Los asesinos, por supuesto, lograron justo lo contrario y Lorca sigue siendo hoy quizás una de las víctimas más conocidas de aquella Guerra Civil; hoy nadie recuerda los nombres de sus ejecutores, tan sólo sus repugnantes impulsos asesinos. En marcado contraste y pese a los altos niveles de violencia social y política que vive México desde hace años, el fallecimiento de Carlos Fuentes parece estar fuera de toda sospecha al haber espirado a los 83 años en la plenitud de su anciana juventud, y tras haber disfrutado de celebridad literaria durante seis décadas: después de haber enseñado, hablado, y escrito

hasta la saciedad. Fuentes falleció teniendo un amplio público lector internacional, después de haber forjado él esa misma internacionalización de la literatura mexicana y latinoamericana y de haber escrito sin fatiga hasta el momento final. Sus últimas obras parecían haber retado la paciencia incluso de sus más fieles y sufridos lectores, entre los que tengo el honor de contarme. Es bien conocido que Carlos Fuentes escribía a diario, siguiendo una ética de trabajo calvinista, pero en un estilo barroco y con una visión histórica y orgánica, contrastes de los que a menudo presumía. También había afirmado con frecuencia que para sentirse vivo tenía que seguir hablando y sobre todo escribiendo: para el escritor el silencio y el descanso sólo llegarían con la muerte. Muchos de los reseñadores de sus obras más recientes comentaron la aparente fatiga de su prosa última, la repetición o fragmentación involuntaria de sus trabajos postreros,¹ en marcado contraste con la energía de su producción temprana. Y sin embargo, a pesar de estas críticas, Fuentes siguió escribiendo literalmente hasta el último día de su vida. Siempre tenía un nuevo chiste, un nuevo albur, una nueva imagen, nuevas opiniones y reacciones a los últimos acontecimientos. Recientemente se burlaba en diferentes medios de la falta de integridad intelectual, pequeñez e ignorancia patentes demostradas por el candidato presidencial del PRI, Enrique Peña Nieto. Su edad, sus insondables conocimientos y su amplia perspectiva le permitían poner los eventos y figuras contemporáneos en un contexto histórico, que para él era en gran medida experiencia vivida: todo quedaba reorganizado cuando Fuentes comparaba a los políticos mexicanos contemporáneos con la figura arrolla-

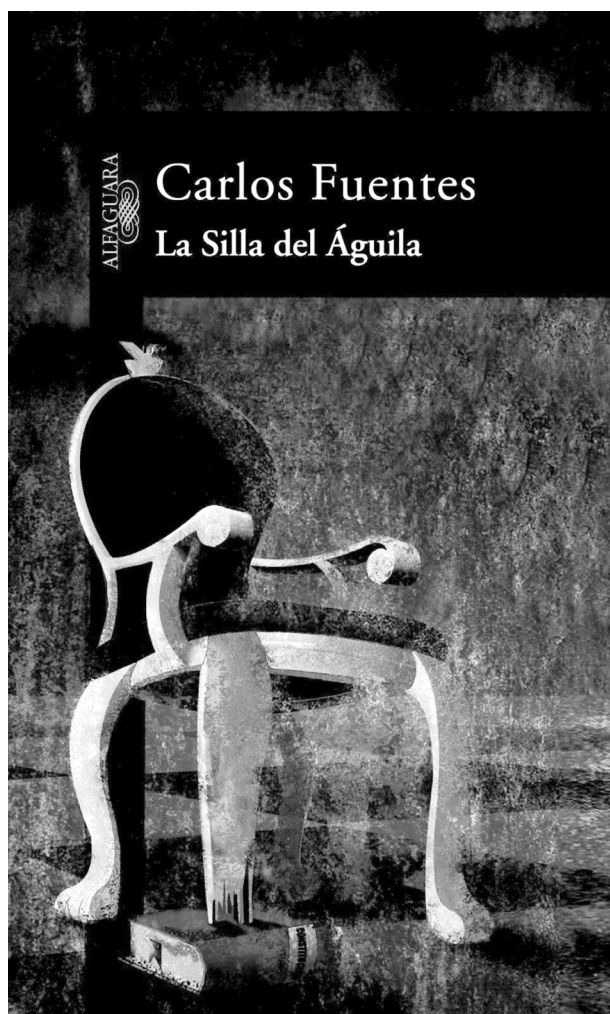
¹ Ver por ejemplo la reseña de Javier Murguía “La gran novela latinoamericana de Carlos Fuentes”. *Revista de Letras*, 9 de octubre de 2011. <http://www.revistadeletras.net/la-gran-novela-latinoamericana-de-carlos-fuentes/>, último acceso 16 de mayo de 2012.

dora de un Lázaro Cárdenas, presidente revolucionario *par excellence*. Un buen ejemplo de los cambios de que fue testigo como ciudadano mexicano lo proporcionó en su última conferencia pública en Buenos Aires, cuando describió la transformación experimentada por su país desde que él nació (en Panamá, hijo de diplomático mexicano): “La Ciudad de México es mi ciudad. En mi vida, saltó de un millón a veinte millones de habitantes. La ciudad. El país, México, que tenía veinte millones de ciudadanos cuando yo nací, hoy cuenta con cerca de ciento veinte millones. Somos el primer país de lengua castellana”.²

Humano, demasiado humano: sólo dos semanas antes de fallecer, Fuentes anunció desde aquella misma feria del libro de Buenos Aires la publicación de su nueva novela, ahora póstuma, *Federico en su balcón*, una conversación imaginada con Friedrich Nietzsche.³ Freddy Lambert, un loco visionario y *beatnik* nihilista, ya había aparecido como avatar previo de Nietzsche en el verdadero *happening* narrativo y torturado experimento de *Cambio de piel* (1967) —visto aquí desde las lec-

² “Fuentes en la feria”. *Clarín Web TV*. http://www.revistaenclarin.com/literatura/Feria_del_Libro_2012_3_692960708.html, último acceso 16 de mayo de 2012.

³ “Fuentes en la feria”.



turas de Foucault, el nacimiento del asilo y con la perspectiva del previsible colapso de la pirámide priista un año más tarde en Tlatelolco. Al tiempo que aquella novela era censurada en la España de Franco por ser “prosemita y anti-alemana”, David Gallagher tildó a Fuentes de apólogo del nazismo cuando reseñó la novela para *The New York Times Book Review* en febrero de 1968.⁴ Sólo un año más tarde, en marzo de 1969, se le prohibió a Fuentes la entrada a los Estados Unidos en San Juan de Puerto Rico y se le declaró *undesirable alien* [extranjero indeseable], siguiendo las disposiciones de la ley McCarran-Walter, por sus supuestas filiaciones comunistas y su apoyo público a la revolución cubana.⁵ A los dos años de este incidente, el supremo *aparatchik* cubano, Roberto Fernández Retamar, habría de quemar inquisitorialmente la efigie de Carlos Fuentes como “una de las más conspicuas figuras” de la “llamada *mafia* mexicana” después de que Fuentes criticara la Revolución cubana a comienzos de 1971.⁶ Fuentes y otros escritores del *boom* literario latinoamericano, Julio Cortázar entre ellos, se habían atrevido a condenar a Cuba por el *affaire* Padilla: el encarcelamiento del poeta Heberto Padilla y su humillación pública, en la que se le obligó a arrepentirse y renunciar públicamente a sus comentarios críticos y a su obra poética, un acto que todavía hoy constituye uno de los autos de fe más vergonzantes de aquel régimen. Está claro que ninguno de los lectores-burócratas involucrados en todos estos procesos fue capaz de identificar y definir la vertiente ideológica de Fuentes: no parecían comprender su defensa de lo que dio en llamar en su respuesta al editor del *New York Times* la “crítica revolucionista” [*critical revolutionism* en el original] ejercida por la Nueva Izquierda.⁷ Un acto crítico que era capaz de cuestionar el desengaño y la decepción, la traición de las esperanzas revolucionarias a manos de las asfixiantes pesadillas burocráticas del bloque soviético, pesadillas también incluso en su versión tropical más festiva, y capaz de criticar simultáneamente el modelo imperial mercantil y capitalista del auto-definido como bloque “democrático” occidental. En otras palabras, Fuentes buscó y practicó durante los años más calientes de la Guerra Fría un cuestionamiento crítico que desafiaría y arañaría las camisas de fuerza de los dos

⁴ David Gallagher, “Stifled Tiger” en *The New York Times Books Review*, 4 de febrero de 1968, pp. 5-8. El informe del censor español se publicó en “Fuentes y la censura española”, *Mundo Nuevo*, 17 (1967), pp. 90-91.

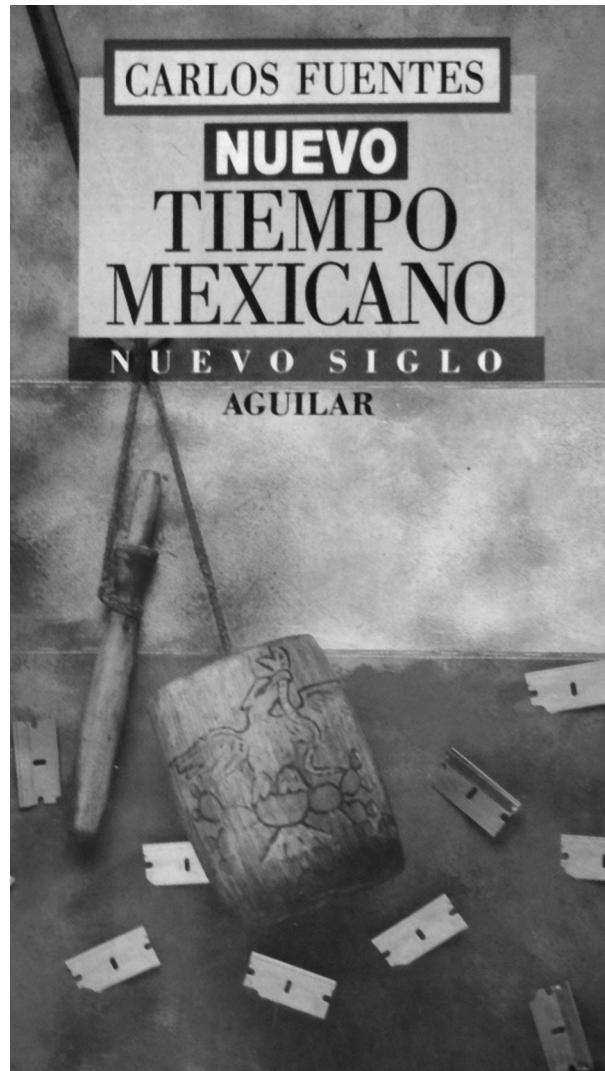
⁵ Henry Raymond, “Leftist Novelist Barred by U.S.”, *The New York Times*, 28 de febrero de 1969.

⁶ Roberto Fernández Retamar, *Todo Calibán*, 55. <http://www.cubadebate.cu/wp-content/uploads/2009/05/todo-caliban-robertofernandez-retamar.pdf> El trabajo apareció originalmente en *Casa de las Américas*, número 68, septiembre-octubre de 1971.

⁷ Carlos Fuentes, “Letter to the Editor”, *The New York Times*, 3 de marzo de 1968.

bloques, los dos “asilos” políticos de la larga posguerra. Todos estos críticos ignoraron la figura pionera de Fuentes y su difícil equilibrio ético en el contexto de la Guerra Fría, y lo que pasaría a convertirse en la seña de identidad literaria de Fuentes: su autodeterminación, su radical independencia humanista. Su crítica de las élites desde la élite, ya sea el Politburó, el PRI, los Brahmanes de Nueva Inglaterra, o la emergente burguesía del TLC, hizo que Fuentes confrontara siempre de lleno las hegemonías institucionales y su propensión a la cooptación intelectual.

Aceleremos el reloj de la historia dos décadas y encontraremos a Carlos Fuentes con permiso de ingreso a los Estados Unidos y haciendo de orador principal en la ceremonia anual de graduación de la Universidad de Harvard en 1983, compartiendo de manera simbólica el podio con el ausente dirigente polaco Lech Walesa. Cuatro años más tarde, en 1987, pasaría a recibir el Premio Cervantes, el galardón literario más prestigioso instituido en la España posfranquista. En ambos discursos, Fuentes habría de explotar la ocasión para retar a sendas congregaciones, para empujar a su público y sacarlo de sus cómodas casillas. En Harvard, posicionó a Latinoamérica y a sí mismo como orador en una geografía no alineada que llevaba configurando y defendiendo ya durante años, esa preferencia que llamó allí *the universal trend away from bipolar to multipolar or pluralistic structures in international relations* [la tendencia universal de abandonar las estructuras bipolares y (abrazar) modelos plurales y multipolares en la relaciones internacionales].⁸ Dedicó la mayor parte de su discurso a criticar la intervención estadounidense en América Central bajo la nueva administración Reagan, y alcanzó el punto álgido de su crítica acerba y directa al comparar la “diplomacia brutal” de la Unión Soviética en Checoslovaquia con la presencia de Estados Unidos en Nicaragua y El Salvador.⁹ El secretario de Defensa de Reagan estaba sentado en la primera fila.¹⁰ El clímax de la intervención de Fuentes llegó al exortar a su público gringo: *Are we to be considered your true friends, only if we are ruled by right-wing, anti-communist despotisms? Instability in Latin America—or anywhere in the world for that matter—comes when societies cannot see themselves reflected in their institutions.* [¿Es que nos van a considerar amigos de verdad sólo si nos gobiernan despotismos anticomunistas de extrema derecha? La inestabilidad en Latinoamérica—o en cualquier otra parte del mundo por cierto—acontece cuando las socieda-



des no pueden verse reflejadas en sus instituciones].¹¹ ¿Se puede ser más audaz y mordaz como crítico de la élite desde la élite?

En España, en 1987, ya vislumbraba y anunciaba las dificultades y retos que provocaría el quinto centenario de 1492 tan sólo cuatro años y medio más tarde, y por ello cuestionó de manera directa y explícita, rodeado de la *intelligentsia* cultural posfranquista, las herencias del catolicismo contrarreformista español y las opuso al legado de Cervantes. Reclamó la lengua española no como la lengua de España o el patrimonio del imperio, sino como lengua multinacional y multirracial; no la lengua del poder sino “la lengua de la imaginación, el amor, la justicia”.¹² En ese punto la obra de Cervantes, *Don Quijote de La Mancha*, y la tradición erasmista se habían convertido ya para Fuentes en el emblema central de la incómoda relación de la cultura

⁸ Carlos Fuentes, “A Harvard Commencement”, *Myself with Others*, Farrar, Strauss & Giroux, New York, 1988, p. 208.

⁹ Carlos Fuentes, “A Harvard Commencement”, pp. 202-203, 211.

¹⁰ Marcela Valdés, “Novelist Carlos Fuentes Dies at 83”, *The Washington Post*, 15 de mayo de 2012. <http://tinyurl.com/6oobhaq>, último acceso 16 de mayo de 2012.

¹¹ See also Jacob M. Schlesinger, “The Return of Content”, *Harvard Crimson*, 26 de junio de 1983. <http://www.thecrimson.com/article/1983/6/26/the-return-of-content-pbhbarvards-commencement/>, último acceso 16 de mayo de 2012.

¹² Carlos Fuentes, “Discurso”, Ceremonia de entrega del Premio Cervantes, 1987. <http://biblio.uah.es/BUAH/Webcat/Cervantes/87CarlosFuentes.pdf>, último acceso 16 de mayo de 2012.

hispana con la modernidad. Para entonces ya había publicado por supuesto un ensayo titulado *Cervantes o la crítica de la lectura* (1976). Subrayaba en éste el legado erasmista del trabajo de Cervantes como la “dualidad de la verdad, la ilusión de las apariencias, y el elogio de la locura”.¹³ Una vez más Fuentes recalca las virtudes de la inestabilidad del conocimiento, el antidogmatismo y un celo humanista por cuestionar e imaginar la realidad. Allí, en presencia del sucesor oficial de Franco, el rey Juan Carlos I, evocó el trabajo creativo e intelectual de los exiliados republicanos en México y su perdurable recuerdo e influencia. Fuentes parecía proponer una hispanidad recuperable, basada no en las tradiciones autoritarias de coerción intelectual, un hilo que ya había deconstruido en detalle en su gran novela totalizadora *Terra nostra* (1975), sino en el poder terapéutico del lenguaje, en la hibridez y en la imaginación estética. Fuentes habría de dedicar buena parte de los siguientes años a publicar una serie de recreaciones de esta versión alternativa, crítica y humanística de la cultura hispana, empezando quizá por *Cristóbal Nonato*, una novela que abraza juegos lingüísticos joyceanos y que desencaja el *telos* narrativo para cuestionar y problematizar la inevitabilidad de la historiografía y de la modernidad. Todos estos son temas preponderantes en su novela fragmentaria *El naranjo o los círculos del tiempo* (1993), una colección de relatos que recrean e imaginan un archivo alternativo de crónicas de la Conquista como historias dialógicas, como por ejemplo en “Los hijos del conquistador,” donde hablan los dos Martines, dos de los hijos de Cortés: el hijo de Malintzin, por tanto el primer mestizo mexicano, y el hijo “legítimo” español de Cortés.

Ésta misma fue la época en que publicó su trabajo ensayístico quizá más (re)conocido, *El espejo enterrado* (1992), un estudio que acompañaba al documental de cinco episodios que presentó para la BBC. En estas “reflexiones sobre España y el Nuevo Mundo”, como anunciaba el subtítulo de la edición en inglés, la premisa principal sostenía que en las prácticas artísticas híbridas, en su compleja producción estética, la Hispanidad había fundado un universo más ético y habitable que en el espacio político, y que el espejo transatlántico enterrado podía ser rescatado. Fuentes sin embargo era un pensador dialéctico profundamente crítico y mientras declaraba y practicaba la posibilidad de esta estética híbrida que cuestionaba las seguridades del nacionalismo mestizo, y celebraba la realidad compleja y diversa de México, España, y con ellos el resto de Iberoamérica, complementaba estas proposiciones con el tema de la oposición entre “la nación legal y la nación real” en *La*

¹³ Carlos Fuentes, *Cervantes o la crítica de la lectura*, Joaquín Moritz, México, 1976; Biblioteca de Estudios Cervantinos, Madrid, 1994, pp. 68-69.

campaña (1991). En esta novela la obsesión abstracta por la utopía constitucional de los ilustrados republicanos criollos y su rechazo o ignorancia de las sociedades reales ya híbridas y complejas marcaba de manera irónica los esfuerzos de los próceres poscoloniales en sus campañas de independencia a lo largo y ancho del espacio hispanoamericano entre 1810 y 1825. Como ocurre con muchas de sus otras novelas, *La campaña* se puede leer junto a la colección de ensayos que había publicado un año antes, *Valiente mundo nuevo* (1990). Los frecuentes emparejamientos de novelas, colecciones de cuentos y ensayos en plena cumbre de su productividad intelectual (*Cambio de piel-Tiempo mexicano; Terra nostra-Cervantes; La campaña-Valiente mundo; El naranjo-El espejo; La frontera de cristal-Nuevo tiempo mexicano*) y el fluido y activo intercambio, préstamo y polinización mutua entre estos textos de distinto género atestiguan su pensamiento insaciable y su consabida inmodestia intelectual, y reflejan bien su combinación personal y señera de pasión, creatividad y pedagogía erudita, su incansable explicación y análisis de su propia obra.

Los críticos literarios reunidos en la conferencia sobre “Carlos Fuentes” en la breve novela de ciencia ficción de César Aira *El congreso de literatura* (1997) son incapaces de distinguir “dónde terminaba el hombre y dónde empezaban sus libros”.¹⁴ El malévolos narrador en primera persona está planeando llevar a cabo una clonación de Carlos Fuentes, un modelo perfecto de genio humano, para lograr la dominación mundial. Pero, claro, primero necesita hacerse con una célula de Fuentes con la ayuda de una avispa clonada. Como era de esperar, la avispa, igual que los académicos y profesores reunidos en el congreso de literatura, confunde también el exterior de Fuentes, su elegante corbata de seda, con el interior, el Fuentes genético real, y todos los clones que se reproducen en el experimento resultan ser amenazantes gusanos de seda azules y gigantes. El error de la avispa, como el de los críticos del congreso literario, consistía en pensar que “era todo lo mismo, era todo ‘Carlos Fuentes’” (p. 111).

De manera paradójica la invariable labor crítica de Fuentes, el flujo permanente de opiniones políticas controvertidas se llevó a cabo en el contexto de su posición como autoproclamado intelectual público, como autor literario canonizado y “superestrella”.¹⁵ Este equilibrio difícil y a menudo insostenible del intelectual orgánico a un tiempo hegemónico pero también *outsider* permanente y exiliado hace que su figura sea particularmente

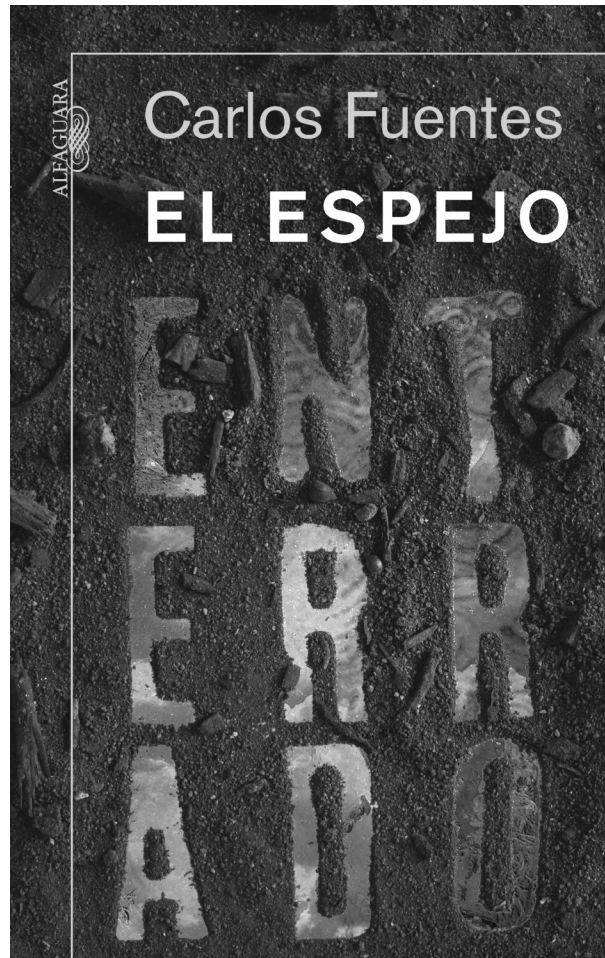
¹⁴ César Aira, *El congreso de literatura*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1997, p. 111.

¹⁵ Jean Franco, “Narrator, Author, Superstar. Latin American Narrative in the Age of Mass Culture” en *Critical Passions: Selected Essays by Jean Franco*, Editors Mary L. Pratt and Kathleen E. Newman, Duke University Press, Durham, 1999, pp. 147-168.

difícil de evaluar con ecuanimidad. El acceso que tenía a gentes influyentes y a los medios políticos y culturales de poder, como lo demuestra su participación habitual en conferencias, foros internacionales, entrevistas televisivas y premios literarios —como jurado y como laureado— convirtió a Fuentes en un “opinador” ubicuo, un comentarista fijo, a un tiempo presentador, crítico, escritor, pensador y celebridad. Como representante máximo del campo literario latinoamericano posnacional, que él ayudó a inventar y configurar, se le atribuye con justicia el haber actuado como promotor central del *boom* literario latinoamericano de los sesenta y setenta del pasado siglo. Su acceso políglota a los agentes literarios de Nueva York, París, Barcelona, Londres, su nutrida libreta con datos de escritores, traductores y editores, su caché diplomático y su carisma arrollador fueron todos elementos esenciales en las conexiones que hicieron posible la dramática internacionalización de la literatura latinoamericana de aquel periodo y que perdura hasta hoy día.

Sintiéndose en casa en todas partes y en ningún lugar completamente instalado, el incansable espíritu indagador de Fuentes debería ser recordado por su estilo independiente, su promoción humanística del pensamiento crítico y su rebeldía contra las convenciones, las modas asfixiantes, la burocratización y el dogmatismo. También será siempre el *Guerrilla Dandy*, como lo llamó despectivamente Enrique Krauze, el mexicano cosmopolita que escribía y firmaba la mayor parte de sus novelas desde dos o tres lugares distintos, viviendo la intensa vida del *jet set* internacional, pero aun así escribiendo extensamente sobre la trágica humanidad universal de los migrantes rurales mexicanos en Texas o California (*La frontera de cristal*, 1994), la violencia social de la narcoguerra contemporánea (*La voluntad y la fortuna*, 2008) o su obsesión arraigada con la simultaneidad de tiempos y culturas en la Ciudad de México ya retratadas en uno de sus primeros relatos, “Chac Mool” (1954), en su primera obra de éxito *La región más transparente* (1958) y hasta en sus obras más recientes y lúcidas como *Todas las familias felices* (2006) y *Adán en Edén* (2010).

Recientemente anunció, con característico estilo, que planeaba empezar a escribir su próxima novela en su casa del DF el lunes siete de mayo: un proyecto que ahora quedará incompleto y que iba a llamarse *El baile del centenario* y que exploraba la década revolucionaria de 1910. Una semana más tarde, el martes quince, moría en la Ciudad de México. En los siguientes días sería honrado en todas partes y enterrado en París, junto a sus dos hijos, Carlos y Natasha Fuentes Lemus. La presencia transnacional de Carlos Fuentes, su vasta obra creativa, su constante y abigarrada agenda viajera que parece continuar más allá de la muerte con ese último viaje,



perfilan los contornos de su duradera figura: un intelectual nómada que se sintió en casa en muchos lugares y que sintió como propia la obligación de desafiar las rancias formas del nacionalismo institucional, a las que contraponía las historias, tiempos y espacios diversos del país, los sonidos y olores de su México íntimo. Nostálgico y orgulloso de una patria evanescente e inabarcable, pero enterrado permanentemente en su exilio parisino. Como si incluso tras la muerte necesitara la distancia crítica que de manera tan constante buscó y cultivó.

Carlos Fuentes es todo eso y, por supuesto, mucho más: como en la novela de Aira, “todo eso ‘Carlos Fuentes’”. Ahora que parece como si su torrente de ideas, conexiones, comparaciones, situaciones, ironías, sátiras, albures, opiniones y chistes se hubiera detenido, podemos sin embargo consolarnos con una relectura cervantina: una relectura de sus obras, tanto las nuevas como las antiguas, más crítica, más distanciada, pero por lo mismo quizá más justa y más satisfactoria. Sus lectores se verán sorprendidos e iluminados una y otra vez, al explorar las profundidades de su monumental obra, al leer bajo la sombra de su silencio permanente, a la luz de su duradera voz.

Pedro García-Caro es profesor de la Universidad de Oregón. Doctor por la Universidad de Londres, ha impartido clases de literatura y traducción en Oxford, MIT y Oregón. Este año se publicará su libro *After the Nation: Postnational Satire in the Americas. The Works of Carlos Fuentes and Thomas Pynchon*.